

## Soldado, viajante, estafador, espía

«Así que, ¿somos o no somos, *siamo o non siamo?*», alardeó mi tío abuelo Vili cuando a última hora de aquella tarde de verano nos sentamos en el jardín que dominaba su inmensa finca de Surrey.

«Fíjate —señaló una amplia extensión de verde—. ¿No es espléndido? —preguntó, como si la mera idea de un paseo vespertino por la campiña inglesa fuese invención suya—. Siempre, un poco antes de la puesta de sol y minutos después del té, la misma sensación de plenitud, de éxtasis casi. ¿Sabes?, tengo todo cuanto quería. No está mal para un hombre de ochenta años.» Sus facciones brillaban con satisfecha arrogancia.

Traté de hablarle de Alejandría, de un tiempo y un mundo perdidos, del final, cuando llegó, de monsieur Costa y de Montefeltro y de Aldo Kohn, de Lotte y de la tía Flora, de vidas ahora tan lejanas. Me interrumpió con un ademán despreciativo, como quien aparta de sí un mal olor. Casi irritado por mi nostalgia, dijo: «Tonterías. Yo vivo el presente. *Siamo o non siamo?*», inquirió de nuevo, levantándose para estirar los músculos y señalar después el primer búho del atardecer.

Nunca quedaba del todo claro lo que uno era o no era, pero para todos los miembros de la familia, incluidos quienes hoy no hablan una palabra de italiano, esta frase elíptica sigue reflejando

el pavoneo, la temeridad y el engreimiento del soldado fanfarrón que en la primera guerra mundial salió de una trinchera italiana y, oculto entre las hileras de árboles con el fusil aferrado entre ambas manos, habría arrasado el Imperio austrohúngaro entero de no haberse quedado sin balas. La frase expresaba la intimidatoria seguridad en sí mismo de un sargento instructor rodeado de blandengues necesitados de zarandeo diario. «¿Somos o no somos lo bastante hombres? —parecía decir—. ¿Seguimos o no seguimos adelante? ¿Qué, valemos o no valemos?» Era su manera de dar a entender que todo iba bien, de sobreponerse a la derrota, de hacer de tripas corazón y considerarlo una victoria. Al fin y al cabo, fue así como se entrometió en los asuntos del destino y aguantó firme, atribuyéndose el mérito de todo, incluso de la brillantez imprevista de sus planes más desafortunados. Confundía el exceso de suerte con la previsión, del mismo modo que erraba al ver coraje en algo que era poco más que las agallas de un golfillo. Tenía valor. Lo sabía y alardeaba de eso.

Insensible a la humillante derrota de Italia en la batalla de Caporetto en 1917, el tío Vili nunca dejó de sentirse orgulloso de haber servido en el ejército italiano, y de eso también alardeaba con la briosa cadencia florentina aprendida en las escuelas jesuitas italianas de Constantinopla. Como la mayoría de los judíos nacidos en Turquía a finales de siglo, Vili menospreciaba cuanto estuviese relacionado con la cultura otomana y anhelaba cuanto proviniera de Occidente, hasta el punto de que finalmente se convirtió en «italiano» de la forma en que la mayoría de los judíos de Turquía lo hacían: reivindicando lazos ancestrales con Liorna, un puerto próximo a Pisa en el que se habían asentado los judíos expulsados de España en el siglo XVI. Salió a la luz un pariente italiano muy lejano, oriundo de Liorna y de apellido español, Pardo-Roques —Vili era medio Pardo-Roques—, con lo cual, todos los «primos» que vivían en Turquía pasaron de inmediato a ser italianos. Todos, por supuesto, eran nacionalistas acérrimos y monárquicos.

El tío Vili enseguida había retado a duelo a un griego alejandrino tras oírlo decir que el ejército italiano nunca había sido valeroso y que todas aquellas medallas y baratijas italianas apenas cambiaban el hecho de que Vili seguía siendo un turco granuja y, para colmo, judío. Aquello enfureció al tío Vili, no porque alguien hubiese puesto en entredicho su carácter judaico —él habría sido el primero en hacerlo—, sino porque detestaba que le recordasen que muchos judíos se habían hecho italianos por medios dudosos. Las armas elegidas por sus padrinos para la ocasión resultaron tan obsoletas que ninguno de los dos duelistas supo cómo empuñarlas. No hubo heridos, se presentaron las correspondientes disculpas, uno de ellos incluso se permitió una risita y, para fomentar el espíritu de compañerismo, Vili recomendó un tranquilo restaurante con vistas al mar donde en aquel claro día alejandrino de junio todos dieron cuenta del almuerzo más opíparo en años. Cuando llegó la cuenta el griego y el italiano insistieron en pagar, y el tira y afloja se habría eternizado —pues cada uno de ellos afirmaba que era para él un honor y un gusto— si el tío Vili, como el ilusionista obligado a usar la magia cuando todo lo demás falla, no hubiera soltado su frasecita selecta, en este caso con el sentido de «¿soy o no soy un hombre de honor?». El griego, que era el más cortés de los dos, fue quien cedió.

El tío Vili sabía cómo transmitir la sensación intangible pero inequívoca de que tenía linaje, un origen tan antiguo y distinguido que trascendía distinciones tan nimias como el lugar de nacimiento, la nacionalidad o la religión. Y la alusión al linaje traía consigo la alusión a la riqueza, aunque siempre con la vaga insinuación de que la riqueza se encontraba inoportunamente invertida en otros lugares, en tierras, por ejemplo, tierras en el extranjero, algo que nadie en la familia poseía en desmesura salvo cuando venía en macetas de barro. Con el linaje consiguió crédito. Y eso era lo que más le importaba, porque así fue como él y todos los hombres de la familia amasaron y perdieron sus fortunas o se emparentaron con ellas: a crédito.

En Vili el linaje era algo natural, no porque lo tuviera ni porque lo imitara, ni siquiera porque aspirase a él con la pátina ociosa de los aristócratas ya caducos. En su caso, era simplemente la convicción de que había nacido mejor. Tenía el porte majestuoso de los ricos, la sonrisa renuente que se endulza de inmediato en compañía de sus pares. Era patricio en la frugalidad, la política y el libertinaje, intolerante con la mala postura más que con el mal gusto, con el mal gusto más que con la crueldad y con los malos modales en la mesa más que con los malos hábitos alimenticios. Detestaba por encima de todo lo que él llamaba los «atavismos» por los que los judíos se delataban, en especial cuando se hacían pasar por *goyim*. Ridiculizaba a todos los conocidos y parientes políticos de aspecto típicamente judío, no porque él no lo tuviera ni porque odiara a los judíos, sino porque sabía cuánto lo hacían los demás. «Por culpa de judíos como ellos odian a los judíos como nosotros.» Cuando un judío observante, orgulloso de su herencia, lo desairaba, a Vili la respuesta se le deslizaba por la lengua como un hueso que llevara cuarenta años dándole vueltas en la boca: «¿Orgulloso de qué? Al fin y al cabo, ¿somos o no somos todos buhoneros?».

Y como buen buhonero, vender era lo que mejor se le daba. En Egipto llegó incluso a venderle el fascismo a los británicos, y después, por cuenta de los italianos, también a los europeos. Era tan devoto del Duce como del papa. Sus discursos anuales a las Juventudes Hitlerianas de Alemania arrancaron ovaciones y se convirtieron en una célebre fuente de conflictos en la familia. «No os entrometáis, sé lo que hago», decía. Años después, cuando los británicos comenzaron a amenazar con detener a todos los hombres italianos mayores de edad que vivían en Alejandría, el tío Vili se puso a hurgar de repente en sus armarios y a pregonar sobre antiguos certificados del rabinato de Constantinopla para recordarle a sus amigos del Consulado Británico que, como judío italiano, era imposible que se lo considerase una amenaza para los intereses británicos. ¿No les gustaría acaso que espíase

a los italianos? A los británicos no se les podía haber ocurrido nada mejor.

Tan brillante fue su actuación que, tras la guerra, lo recompensaron con una finca de estilo georgiano en Surrey, donde vivió en una miseria señorial el resto de sus días con el nombre ficticio de doctor H. M. Spingarn. Herbert Michael Spingarn era un inglés al que Vili había conocido de niño en Constantinopla y que había despertado en él dos pasiones inveteradas: el deseo levantino de emular todo lo británico y el desprecio otomano por todo lo británico. El tío Vili, que había renunciado a su nombre netamente judío por otro anglosajón, sintió una mal disimulada vergüenza cuando comenté que el tal Spingarn también había sido judío. «Sí, recuerdo algo por el estilo —dijo vagamente—. Estamos en todas partes, ¿o no? A la que rascas un poco, descubres que todos son judíos», soltó burlón el octogenario turco-italo-anglófilo y aburguesado fascista judío que había iniciado su vida profesional vendiendo feces turcos en Viena y Berlín y la había concluido como subastador único de los bienes del depuesto rey Faruq. «El Sotheby's de Egipto, pero buhonero a fin de cuentas», añadió, reclinándose en la silla mientras los dos observábamos cómo una bandada de pájaros descendía sobre las aguas turbias y estancadas de lo que en otros tiempos había sido un magnífico estanque. «Aun así, qué gran pueblo estos judíos», solía decir en su inglés chapurreado, y adoptaba un tono de imparcial condescendencia tan intencionadamente superficial y consciente de su propia necedad como para sugerir que, cuando se trataba de sus correligionarios, siempre quería decir lo contrario de lo que decía. Tras los elogios, vilipendaba siempre a estos admirables aunque «bribones judíos», con el único propósito de cambiar una vez más de parecer. «Después de todo, Einstein, Schnabel, Freud, Disraeli —enumeraba con un destello en los ojos y una sonrisa mal disimulada—, ¿fueron o no fueron?»

Vili se había marchado de Egipto —adonde la familia había llegado en 1905 procedente de Constantinopla— como aspirante a cadete con entrañas de fuego y ojos de azogue. Había estudiado en Alemania, servido en el ejército prusiano, cambiado de bando cuando los italianos entraron en guerra en 1915 y, después de Caporetto, se había pasado el resto de la contienda sentado en Chipre haciendo de intérprete, para regresar a Egipto cuatro años después de obtener la licencia del ejército convertido en un refinado calavera próximo a la treintena cuya insolente buena planta delataba un historial de tratos turbios y asedios despiadados en las batallas de los sexos. Impresionadas por sus conquistas, sus hermanas lo consideraron decididamente masculino; ahí estaba la pícara inclinación del sombrero fedora, el impaciente «venga ya» en su voz y aquellos andares condescendientes con que avanzaba, agarraba la botella de champán que intentabas descorchar y te decía, «Déjame a mí», nunca con deje autoritario, solo el suficiente para dar a entender que había más, mucho más. Había peleado en todo tipo de batallas, en todos los bandos, con todo tipo de armas. Era un tirador consumado, un atleta notable, un astuto hombre de negocios, un mujeriego implacable... y sí, era decididamente masculino.

«Somos o no somos», solía alardear después de una conquista, o de forrarse en la bolsa, o de recuperarse de repente de un ataque incurable de malaria, o cuando calaba a una mujer astuta o noqueaba a un rufián en la calle, o cuando sencillamente quería demostrarle al mundo que él no era fácil de engañar. Aquella frase quería decir: ¿Se lo he demostrado o no se lo he demostrado? Utilizaba esta frase tras negociar una difícil transacción: ¿Acaso no prometí que vendrían a suplicarme por mi precio? O cuando conseguía enviar a la cárcel a un chantajista: ¿Acaso no le advertí que no me tomara por incauto? O cuando la tía Marta, su queridísima hermana, acudía a él llorando histérica tras haber sido plantada por otro de sus novios, en cuyo caso la frase quería decir: ¡Todo hombre digno de llamarse hombre po-

dría haberlo visto venir! ¿Acaso no te lo advertí? Y luego, para recordarle que estaba hecha de algo más fuerte que las lágrimas, la sentaba en su regazo y, sosteniéndole ambas manos entre las suyas, la mecía muy suavemente y le juraba que superaría la pena antes de lo que imaginaba, porque el mal de amores tenía esas cosas, y además, ¿acaso era o no era?

Después, le compraba rosas y la apaciguaba durante unas cuantas horas, tal vez unos cuantos días. Pero no siempre resultaba fácil convencerla; en ocasiones, en cuanto la dejaba y se marchaba a su estudio no tardaba en oírla chillar histérica desde el otro extremo del apartamento: «Pero ¿quién se casará conmigo, quién?», insistía en preguntarle la tía Marta a sus hermanas mientras sollozaba y se sonaba la nariz con el primer trapo que encontraba a su alcance.

—¿Quién se casará conmigo a mi edad, decidme, quién, quién?

—preguntaba a gritos yendo hacia el estudio de su hermano.

—Alguien habrá, ya lo verás —le decía él.

—No habrá nadie —insistía ella—. ¿No ves por qué? ¿No ves que soy fea? ¡Hasta yo lo sé!

—¡Que no eres fea!

—Di la verdad. ¡Fea!

—Puede que no seas la más hermosa...

—Pero en la calle nadie se volverá jamás a mirarme.

—Deberías estar pensando en un hogar, Marta, no en la calle.

—No lo entiendes, ¿verdad que no? ¡Te limitas a tergiversar mis palabras y hacerme parecer estúpida! —Empezaba a levantar la voz.

—Verás, si quieres que diga que eres fea, de acuerdo, eres fea.

—Nadie lo entiende, nadie.

Y se alejaba otra vez como alma en pena que busca consuelo entre los vivos solo para ser ahuyentada.

Era sabido que las *crises de mariage* de la tía Marta, como las llamaban, duraban horas. Después le daban unas jaquecas tan violentas que se iba a dormir temprano por la tarde y no se atre-

vía a dejarse ver hasta la mañana siguiente, e incluso entonces la tormenta no necesariamente había pasado, porque en cuanto se levantaba de la cama pedía a quien se cruzara con ella que le mirara los ojos. «Los tengo hinchados, ¿verdad? —quería saber—. Míramelos bien. Fíjate en esto», insistía, casi sacando los ojos de sus órbitas. Y alguien le contestaba: «No, están bien». «Mientes. Pero si incluso noto lo hinchados que están. Ahora todo el mundo se enterará de que lloré por él. Irán a contárselo, sé que lo harán. Qué humillación, pero qué humillación.» La voz le temblaba hasta que rompía en sollozos y volvía a ser un mar de lágrimas.

El resto del día, su madre, sus tres hermanas, cinco hermanos, sus cuñadas y cuñados se turnaban para asomarse a su habitación y llevarle hielo en un pequeño cuenco para que se pusiera en los ojos mientras permanecía tumbada en la oscuridad con una compresa de su propia invención. «Cuánto sufro. Si supierais cuánto sufro», gemía con las mismas palabras exactas que la oí susurrar al cabo de más de cincuenta años en la habitación de un hospital de París cuando se estaba muriendo de cáncer. Fuera, sentado con sus otros hermanos en el salón atestado, el tío Vili no fue capaz de contenerse más.

—¡Ya basta! Lo que realmente necesita Marta... ya sabemos todos lo que necesita.

—No seas vulgar —lo interrumpió su hermana Clara, incapaz de reprimir una risita, de pie delante del caballete, mientras pintaba la enésima versión de la cara canosa de Tolstói.

—¿Lo ves? —respondió el tío Vili—. Tal vez no te guste la verdad, pero todo el mundo está de acuerdo conmigo —prosiguió con creciente exasperación en la voz—. Después de tantos años, la pobre muchacha todavía no sabe distinguir la proa de un hombre de su popa.

Isaac, el hermano mayor, soltó una carcajada.

—¿Os la imagináis de veras con alguien? —dijo.

—¡Basta ya! —exclamó su madre, una matriarca al borde de



los setenta—. Debemos buscarle un buen hombre judío. Rico, pobre, no importa.

—Pero ¿quién, quién, quién? Dímelo —interrumpió la tía Marta al oír el final de su conversación de camino al cuarto de baño—. Es inútil. Inútil. ¿Por qué me obligasteis a venir a Egipto, por qué? —imploró, dirigiéndose a Esther, su hermana mayor—. Hace un calor bochornoso, siempre estoy sudando y los hombres son un espanto.

El tío Vili se levantó, la enlazó por la cadera y dijo:

—Cálmate, Marta, y no te preocupes. Encontraremos a alguien para ti. Te lo prometo. Déjalo en mis manos.

—Siempre dices lo mismo, siempre, pero no lo dices en serio. Además, ¿a quién conocemos aquí?

Aquel fue el momento que tanto había esperado el tío Vili. Y estuvo a la altura de la ocasión, con la estudiada despreocupación del hombre impulsado a utilizar exactamente las palabras que se moría por pronunciar. En aquel caso querían decir: ¿Acaso alguien duda de que estamos bien relacionados?

Aquella era una referencia indirecta al tío Isaac, quien mientras estudiaba en la Universidad de Turín había conseguido hacerse íntimo amigo de un compañero llamado Fuad, futuro rey de Egipto. Los dos hablaban turco, italiano, alemán y un poco de albanés, y ambos habían pergeñado un *pidgin*, repleto de obscenidades y dobles sentidos, que denominaron *turkitalbanisch* y que siguieron hablando hasta la vejez. Y precisamente porque el tío Isaac había puesto todas sus esperanzas en su amistad impercedera había conseguido convencer a sus padres y hermanos para que vendieran todo en Constantinopla y se trasladaran a Alejandría.

Al tío Vili le encantaba presumir de que su hermano —y de paso él mismo— «era dueño» del rey. «Tiene al rey en el bolsillo de la pechera», decía, señalándose su propio bolsillo, donde guardaba siempre una pitillera de plata con el sello regio. Al final, fue el rey quien le presentó a Isaac al hombre que desempeñaría un papel importante en la vida de su hermana.

La tía Marta, por entonces al borde de los cuarenta, acabó casándose con este hombre, un rico judío suabo a quien todos en la familia se referían como «el suabo» —en realidad se llamaba Aldo Kohn—, y que no hacía mucho más que jugar al golf durante el día y al bridge por las noches, y, entre medias, fumar cigarrillos turcos que llevaban meticulosamente grabados en filigrana su nombre y el emblema de su familia. Era un hombre corpulento ya prácticamente calvo al que Marta había rechazado diez años antes, pero que estaba decidido a luchar de nuevo por ella y, lo mejor del caso, sin pedir una dote a cambio, algo que convino a todos. En una de las reuniones familiares decidieron dejar un rato a solas a los aspirantes a casarse, y cuando Marta quiso darse cuenta de lo que el suabo se proponía, sin tiempo siquiera de escabullirse y zafarse, él la había sujetado de la muñeca y le había colocado un espléndido brazalete en cuyo reverso su joyero había grabado *M'appari*, en referencia a la famosa aria *Martha* de Von Flotow. Fue tal el desconcierto de la tía Marta que, sin darse cuenta, se echó a llorar, algo que conmovió al pobre suabo hasta tal punto que él también empezó a sollozar, y mientras sollozaba le suplicaba: «No me digas que no, no me digas que no». Se hicieron los preparativos y poco después todos notaron que un brillo inusualmente sereno y descansado se apoderaba de los rasgos sonrosados de la tía Marta. «A este paso lo va a matar», se mofaban sus hermanos.

El suabo era un hombre muy atildado pero tranquilo, que en otros tiempos había estudiado los clásicos y cuyos modales tímidos lo convertían en el blanco de las burlas de la familia. Parecía tonto y consentido, sin duda inocentón, y probablemente algo de *eso otro* también había. Los hermanos no lo perdían de vista. Pero el suabo no era tonto. A pesar de que no había trabajado un solo día en su vida, pronto se descubrió que en el espacio de dos años había triplicado la fortuna de su familia en el mercado del azúcar. Cuando el tío Vili cayó en la cuenta de que ese barrilito de cerveza incompetente y llorón que tenía por

cuñado era un «jugador», se apresuró a confeccionarle una lista de operaciones exentas de riesgo. Pero el suabo, que atribuía su magia financiera a la suerte más que a la habilidad, se mostró reacio a invertir en acciones porque no entendía nada del mercado. De lo único que entendía era de azúcar y, quizá, de caballos. «¿Entender? —respondió el tío Vili. ¿Por qué deberías entender la bolsa? Ya estoy yo aquí para hacerlo por ti.» Al fin y al cabo, ¿estaban o no estaban todos emparentados ahora?

El suabo se pasó semanas aguantando las sugerencias de su cuñado hasta que un buen día estalló. Y lo hizo a lo grande: tomó en préstamo la preciada frasecita de Vili, la agitó unos momentos en el aire como un punzón para hacerle saber a Vili que él, el suabo, conocido por el resto del mundo como Aldo Kohn, y más específicamente como el bajá Kohn, tampoco era ningún incauto. El tío Vili sufrió una derrota aplastante. No solo estaba apenado —esa fue la palabra que usó— por la desconfianza de su cuñado, sino que había algo insoportablemente enojoso en eso de ser desollado con tu propio cuchillo. Era un gesto bajo y antideportivo; un ejemplo más de la duplicidad asquenazí. El tío Vili rara vez volvió a dirigirle la palabra.

En 1930 se produjo una excepción, cuando resultó evidente que, a base de estafas, la familia había sido despojada de los prósperos años veinte. Fue más o menos por esta época cuando el tío Vili sugirió a la familia que emigraran. ¿A Estados Unidos? Demasiados judíos ya. ¿A Inglaterra? Demasiado rígida. ¿A Australia? Demasiado subdesarrollada. ¿A Canadá? Demasiado frío. ¿A Sudáfrica? Demasiado lejos. Finalmente decidieron que Japón ofrecía perspectivas ideales a unos hombres que, para reivindicar una fortuna, sacaban a relucir su exaltado y milenarismo oficio de buhoneros y eximios charlatanes.

Los japoneses reunían tres ventajas: eran trabajadores, estaban deseosos de aprender y competir y probablemente nunca habían visto un judío. Los hermanos escogieron una ciudad de la que nunca habían oído hablar, pero cuyo nombre tenía vagas

y tranquilizadoras resonancias italianas: Nagasaki. «¿También vais a vender baratijas y espejitos?», preguntó el suabo. «No. Coches. Coches de lujo.» «¿Qué coches?», quiso saber. «Isotta Fraschini.» «¿Alguna vez habéis vendido coches?» Siempre que podía, disfrutaba tomádoles el pelo a aquellos hermanos con espíritu de clan. «No. Coches no. Pero hemos vendido todo lo demás. Mantas. Títulos. Antigüedades. Oro. Por no mencionar esperanza a los inversores y arena a los árabes. Lo que se te ocurra. Además, ¿qué importa?», preguntó Vili, exasperado. «Alfombras, coches, oro, plata, hermanas, es todo lo mismo. Puedo vender lo que sea», se jactó.

El asunto de los Isotta Fraschini se puso en marcha y toda la familia se lanzó a invertir en la distribución de los coches en Japón y Medio Oriente. Se contrató a un profesor de japonés, y los lunes y los jueves por la tarde los cinco hermanos —desde Nessim, el mayor, que tenía más de cincuenta años y no estaba del todo convencido de la empresa, hasta Vili, veinte años más joven y diabólico propulsor del plan— se sentaban en el comedor con sus libretas llenas de algo parecido a manchas de tinta de lo más desaliñadas. «Pobres muchachos», le susurraba la tía Marta a su hermana Esther cuando se asomaba a la habitación oscura y forrada de paneles de madera donde servían el té a los alumnos. «Todavía no dominan el árabe y ahora estos condenados sonidos.» Estaban todos muertos de miedo. «¡Pescado crudo y arroz y más arroz a diario! Muerte por estreñimiento va a ser. ¿Qué más nos queda por soportar?», fue el único comentario de la tía Clara. Ya no habría tiempo para pintar, le advirtieron. Tendría que ayudar en el negocio familiar. «Además, no has hecho más que pintar retratos de Tolstói. Es hora de cambiar», comentó el tío Isaac.

Su madre también estaba preocupada. «Construimos sobre mal suelo. Siempre lo hemos hecho, siempre lo haremos. Dios nos ampare.»

Por puro despecho, nadie en la familia le había pedido nunca

al suabo que invirtiera un céntimo en la operación. Su castigo sería ver al clan hacerse inmensamente rico para darse cuenta, al fin y de una vez para siempre, quién era y quién no era.

Sin embargo, dos años después, su esposa lo tanteó para pedirle que aportara algo con que hacer frente a los gastos inmediatos de la empresa. El suabo, que además de apostar detestaba invertir en intangibles, se avino a ayudar mediante la compra con descuento de uno de esos coches caros. No tardó en trascender que, aparte de darle un coche a cada uno de los cinco hermanos, la recientemente creada Isotta Fraschini Asia-Africa Corporation solo había vendido dos vehículos. Tres años más tarde, cuando la empresa se fue a pique y se devolvieron a Italia los coches de muestra, en Egipto solo se podía ver al volante de isotta fraschinis a dos personas: el suabo y el rey Fuad.

El desastre de Isotta Fraschini causó en la familia un retroceso de diez años. El clan siguió manteniendo las apariencias, a sus miembros se los veía pasear los domingos por los jardines del rey o llegar en automóviles con chófer al exclusivo Club Deportivo, pero estaban pelados. Demasiado vanidosos para reconocer la derrota y demasiado prudentes para ponerse a acosar a sus acreedores, comenzaron a tantear a los amigos y parientes de segundo nivel que creían que podían mantener el secreto. A Albert, el otro cuñado, en otros tiempos próspero fabricante de cigarrillos que había dejado atrás todas sus posesiones en Turquía para trasladarse a Egipto, le pidieron que contribuyera al sostén de las finanzas familiares. Lo hizo de mala gana y después de unas peleas tremendas con Esther, su mujer, que, como su hermana Marta, jamás dudó de que la sangre tiraba más que los votos matrimoniales.

Albert tenía motivos de sobra para no fiarse de ellos ni querer ayudarlos. Fueron las garantías del clan las que, en 1932, lo habían llevado finalmente a liquidar de modo temerario su empresa de cigarrillos en Turquía y a trasladarse con toda

su familia a Egipto con la esperanza de invertir en el negocio de sus cuñados y de evitarle a Henri, su hijo de dieciocho años, los horrores de la vida en los cuarteles turcos. Sin embargo, en cuanto llegó a Alejandría el clan le dejó bien claro que no le permitirían participar en sus negocios con Isotta Fraschini. Alicaído y sin saber qué otra cosa podía hacer en Alejandría, el antiguo mercader de la nicotina cogió los ahorros que había conseguido sacar clandestinamente de Turquía y se convirtió en el propietario de una pequeña sala de billares llamada La Petite Corniche, orientada a la carretera de diez kilómetros conocida por todos los alejandrinos como la Corniche.

Jamás les perdonó aquella maniobra. «Ven, te ayudaremos —le recordaba a su esposa, remedando los repetidos llamamientos que le habían hecho sus cuñados—. Te daremos esto, te daremos lo otro. ¡Nada! Mis antepasados eran lo bastante importantes para ser asesinados por generaciones de sultanes... y ahora, fíjate, billares», mascullaba todas las mañanas, de pie en el umbral de la cocina, mientras esperaba el surtido de pastelitos de queso y espinacas que su esposa horneaba al amanecer. Se vendían bien y eran muy apreciados por los jugadores de billar, que disfrutaban picando algo mientras bebían anís.

Albert no solo había asistido a la drástica reducción de sus posibles, sino que de él se seguía esperando que ayudase a la familia de su mujer. Y así, el chófer de Vili, completamente convencido de que recogía dinero que le era debido a su empleador, estacionaba el coche delante de La Petite Corniche, entraba, recibía un fajo de billetes y «le recordaba» a Albert que regresaría al cabo de unas semanas.

Iban más o menos por el quinto préstamo cuando el propietario de la sala de billares salió con el taco en la mano, destrozó una ventanilla del coche y le sugirió a su cuñado, que intentaba pasar inadvertido en el asiento posterior mientras el chófer le hacía los recados, que dado que se llevaba tan bien con la realeza debía tantear además a su majestad a ver si «le daba algo

para sacarlo de apuros», el eufemismo con que Vili denominaba los préstamos desesperados.

Esther se quedó horrorizada al enterarse del enfrentamiento entre su marido y su hermano.

—Nunca había hecho nada así —le protestó a Vili—, no es en absoluto violento.

—Es turco hasta la médula.

—¿Y tú qué eres, italiano, por casualidad?

—Italiano o no, sé que no se debe romper la ventanilla del coche de nadie.

—Hablaré con él —dijo ella.

—No, no quiero volver a verlo. Es un hombre muy desagrado. Si no fuera tu marido, Esther, si no fuera tu marido...

—comenzó a decir Vili.

—Si no fuera mi marido, no te habría prestado un céntimo. Y si tú no fueras mi hermano, ahora no estaríamos metidos en este lío.

El nombre de pila de Vili era Aaron. Cuando regresó a Alejandría en 1922, cuatro años después de la firma del armisticio, tuvo que recuperar el tiempo perdido. Con la ayuda de sus cuatro hermanos, en una semana se convirtió en experto en arroz. Después, en examinador de caña de azúcar. En el espacio de tres meses aprendió a curar todas las enfermedades imaginables que afectaban al algodón, preciada exportación de Egipto. En medio año, no solo había recorrido hasta el último rincón de Egipto, sino que además había visitado las casas de todos los magnates que, según los rumores, atesoraban la promesa de una joven esposa judía. Se casó con una poco menos de un año después de su regreso de Europa.

Convertido ya en un ciudadano respetable, volvió a lo que más le gustaba: las mujeres casadas. Se dice que algunas de sus amantes quedaban tan destrozadas cuando las dejaba que se

presentaban ante su esposa para suplicarle que intercediera por ellas, algo a lo que la pobre tía Lola, cuyo corazón era el órgano más grande de su cuerpo, accedía a veces.

A los siete años de finalizada la guerra, una mujer llamada Lotte apareció en la residencia de la familia con la foto de un hombre con el que, según ella, había estado prometida en Berlín. Cuando por fin se llegó a un consenso sobre la identidad del hombre y la mujer hubo guardado el pañuelo, la invitaron a almorzar con la familia, la mayoría de cuyos miembros debía llegar sobre la una. Vili fue el último en hacerlo, pero en cuanto entró, ella reconoció sus pasos en el vestíbulo, se levantó, dejó la copa de jerez y echó a correr gritando a voz en cuello: «¡Willy! ¡Willy!».

Nadie tenía la menor idea de qué impulsaba a aquella mujer enloquecida a llamar al querido Aaron por aquel nombre extraño, pero durante el almuerzo, cuando todos habían recobrado más o menos la compostura, ella les explicó que en 1914, vestido con su flamante uniforme prusiano, se parecía tanto al káiser Guillermo que no había podido resistirse a apodarlo Willy. A la esposa de Aaron le pareció apreciar en «Willy» algo tan adecuado y entrañable, tan enérgico y a la vez tan diminutivo, que ella también empezó a llamarlo «Vili», al principio con reprobación, luego con burla y al final llevada por la fuerza de la costumbre, hasta que todos, incluida su madre, acabaron llamándolo Vili, nombre que con el tiempo adquirió su diminutivo greco-judeo-español: Vilico.

—Vilico traidor —le dijo su madre tiempo después.

—Estaba muy enamorado de ella en aquella época —protestó él—. Además, ocurrió mucho antes de conocer a Lola.

—No me refería a las mujeres. Judas eres y Judas siempre serás.

Nadie tuvo el valor de enviar a la resucitada Lotte de vuelta a Bélgica. De modo que la mujer pasó a ser secretaria del tío Nessim, sirvió de modelo temporal en la clase de arte de la tía Clara, después fue ayudante de ventas del tío Cosimo, quien con el tiempo se la enjaretó al tío Isaac, el cual, finalmente, acabó



casándose con ella. En la foto familiar de la boda celebrada en 1926 en el suntuoso apartamento de la matriarca sito en el barrio de Grand Sporting, con vistas al soleado Mediterráneo, la *tante* Lotte se encuentra de pie en la galería junto al tío Isaac con la mano derecha posada en el hombro del tío Vili. ¿Somos o no somos hombres que compartan —dice el tío Vili amusgando los ojos—, hombres que exigen los máximos sacrificios, hombres a los que las mujeres adoran?

En la foto Isaac ya es un cincuentón demacrado que intenta disimular la calva, y Nessim, entonces a punto de jubilarse, parece mayor que su madre, cuya alegría forzada el día de la boda de su hijo no consigue ocultar sus preocupaciones.

—Él es un príncipe y ella, una campesina —dijo—. Fíjate cómo camina. En sus pasos todavía se oye el trapaleo de los zuecos bátavos.

—Y a él todavía se le nota en la cabeza la señal de una kipá invisible. Así que están empatados. Déjalos en paz —la reprendió su hija Esther—. Toda su vida con amantes, nunca una esposa. Ya era hora de que se casara.

—Sí, pero no con una cristiana.

—Cristiana, judía, Bélgica, Egipto, son tiempos modernos —dijo Vili—, estamos en el siglo veinte.

Pero su madre no estaba convencida. Y en la foto luce la mirada recelosa de una Hécuba que recibe a Elena en su redil.

Al fondo del grupo, espiando con gran sigilo detrás de las puertaventanas de la galería, se ven las caras de tres egipcios. Zeinab, la criada que, con apenas veinte años, ya llevaba diez en la familia, sonríe pícaramente. Ahmed, el cocinero, originario de Jartum, hace unos tímidos intentos por sustraerse a la mirada del fotógrafo y se tapa la cara con la mano derecha. Latifa, su hermana menor, una niña de diez, mira el objetivo con sus negros ojos traviosos.

Mientras la familia trataba de recuperarse del desastre de Isotta Fraschini, el tío Vili se dedicaba afanosamente a una carrera por completo distinta: la de fascista. Se había convertido en un partidario tan ardiente del Duce que se empeñó en que toda la familia llevara camisas negras y, de acuerdo con el régimen de salud fascista, hiciera ejercicio a diario. Meticuloso observador de todos los cambios infligidos al idioma italiano por los fascistas, intentó purgar su lengua, sus gustos y su ropa de anglicismos adquiridos; cuando Italia entró en guerra con Etiopía, le pidió a la familia que entregara al gobierno italiano las joyas de oro para ayudar a financiar el sueño imperial del Duce.

Lo irónico del histrionismo patriótico del tío Vili era que mientras proclamaba su eterna lealtad al *fascio* ya se había hecho agente de los servicios secretos británicos. Su reclutamiento como espía le proporcionó la única carrera para la que de veras estaba hecho de nacimiento. También animó a toda la familia a quedarse en Egipto, especialmente en ese momento en que estaban conectados a los asuntos no solo de un imperio, sino de dos.

El reclutamiento de Vili por parte del Servicio Secreto de su Majestad en 1936 coincidió con otra racha de buena suerte para la familia: la floreciente amistad de su hermano Isaac con el nuevo rey Faruq, hijo de Fuad. No está claro cómo consiguió Isaac el nombramiento de director en el Ministerio de Finanzas, pero al poco tiempo de haberse casado pasó a ser además miembro del consejo directivo de las empresas más importantes de Egipto. El «fraterismo», que da a los hermanos lo que el nepotismo da a los sobrinos y nietos, se ocupó de todo lo demás, de manera que al resto de mis tíos —Nessim, Cosimo y Lorenzo— les ofrecieron puestos lucrativos en varios bancos de Egipto. El negocio de subastas de Vili iba viento en popa; al apartamento de su madre con vistas a la deslumbrante extensión de playa le dieron un muy necesario lavado de cara; el suabo y Marta tuvieron a Arnaut; y finalmente Vili hizo las paces con su cuñado Albert.

Al principio, el tío Vili intentó ocultar la naturaleza de su

nueva carrera. Solo la tía Lola y el tío Isaac estaban al corriente. Pero nunca logró resistirse a divulgar secretos de esta naturaleza, en particular porque despertaban la admiración y la envidia de todos. Era lo más parecido a volver a ser soldado. Iba a todas partes armado, y antes de sentarse a almorzar con el resto de la familia a menudo se lo veía toquetear y aflojar la pistolera. «¿Ahora qué es —preguntaba el suabo—, un gánster?» «Chss —le chistaba la tía Marta—, se supone que nadie lo sabe.» «Se exhibe de tal manera que debe de ser un señuelo. Los británicos no pueden ser tan tontos.»

Pero, claro, las guerras no se ganan porque un bando sea más ingenioso, sino porque el otro es algo más incompetente. Los italianos nunca sospecharon que Vili se había unido a los británicos y seguían utilizando sus servicios en Egipto y otros lugares. Con frecuencia, Vili se ausentaba de Alejandría, viajaba a Etiopía o a Italia con el ejército italiano, o servía en distintas delegaciones italianas en Alemania. Con el fin de ser todavía más vital para los intereses italianos se hizo famoso como experto en transportes y especialista en la distribución de combustible a los convoyes del desierto. Cómo y dónde adquiriera siquiera un conocimiento superficial de estas disciplinas escapa a las conjeturas, pero los italianos necesitaban reclutar a quien fuera. Aprovecharon la próspera casa de subastas del tío Vili para encubrir sus frecuentes idas y venidas entre Roma y Alejandría, y con el fin de eludir una posible inspección británica, lo animaron a importar muebles antiguos. De esta forma, con la ayuda de los fascistas, conseguía comprar antigüedades raras en Italia por mucho menos de lo que costaban y luego las vendía a los bajás egipcios por una fortuna.

Se hizo muy rico. Con el tiempo, no solo se le concedieron los muchos privilegios de un caballero espía inglés, sino que su doble vida le permitió representar todos aquellos rituales elaborados —desde el desayuno hasta la última copita de la noche— que siempre le había envidiado en secreto a los ingleses, al tiem-

po que satisfacía su eterno patriotismo italiano en cuanto oía el himno fascista o cuando los italianos —no sin la ayuda de los alemanes— consiguieron por fin una victoria sobre los griegos. «Hemos tomado Grecia —gritó de pronto un día, colgando el teléfono con algo que debió de ser también cierto regocijo turco en la voz—. Por fin entramos en Atenas.» Al oírlo, todos en casa se pusieron a dar saltos, alborotando a los sirvientes y criadas egipcios que, ante el menor pretexto de celebración, se ponían a ulular, hasta que inevitablemente alguien recobró la compostura y restó fuelle a las festividades expresando su preocupación por los judíos griegos.

La voz de Vili había temblado de entusiasmo con las noticias, como también lo hizo cuando un grupo de hombres rana italianos entraron sigilosos en el puerto de Alejandría y causaron graves daños en dos acorazados británicos. Vili se emocionó con los valientes hombres rana, pero se sintió por completo decepcionado cuando le recordaron que debía condenar su misión. «Qué lejos quedan ya los viejos tiempos», decía refiriéndose a los tiempos en que siempre sabías quién eras y de qué lado estabas.

Entonces ocurrió algo. Ni siquiera él pudo entenderlo del todo. «Las cosas no van bien —empezaba a decir Vili. Cuando lo presionaban para que explicase a qué se refería, se limitaba a contestar—: Las cosas.» Desconcertada por sus respuestas, su hermana Esther intentaba sonsacarle: «Pero ¿es porque no lo quieres decir o porque no lo sabes?». «No, es porque lo sé.» «Entonces cuéntanoslo.» «Es por Alemania.» «Que es por Alemania podría decirlo cualquiera. ¿Qué pasa con Alemania?» «Han estado husmeando demasiado en Libia. No presagia nada bueno.»

Unos meses más tarde, mi tía abuela Elsa llegó de Marsella con su marido alemán. «Muy mal. Terrible», dijo. No habían querido darle un visado de salida. Isaac, que en una ocasión había utilizado sus conexiones con diplomáticos franceses para obtener la ciudadanía francesa, tuvo que volver a recurrir a ellas

para tramitar el salvoconducto inmediato de su hermana. Dada la complicada situación de Elsa, italiana casada con un judío alemán en Francia, se precisaron medidas adicionales, e Isaac consiguió para ella y su marido pasaportes diplomáticos con el sello del rey de Egipto. La tía Elsa se quejaba de que había perdido su tienda de objetos religiosos en Lourdes y había pasado dos años sumida en una pobreza extrema. «Fue allí donde aprendí a ser tacaña», solía decir, como si con aquello mitigara lo que todos conocían como un caso de avaricia congénita.

Apenas un mes después, Flora, la hermanastra de veinticinco años del suabo, apareció en el salón familiar. Como el bíblico Daniel, Marta enseguida vio el augurio escrito en la pared. «Si todos estos judíos asquenazíes empiezan a llegar en tropel de Alemania será nuestro fin. La ciudad se llenará de sastres y de corredores de bolsa, y habrá tantos dentistas que nadie sabrá qué hacer con ellos.»

«No pudimos vender nada —dijo Flora—. Nos lo quitaron todo. Nos marchamos con lo puesto.» La tía Flora había llegado sola con su madre, Frau Kohn, una mujer enferma y envejecida de ojos azul claro y piel blanca con toques rosados, que hablaba mal francés y que siempre parecía lucir una expresión suplicante y aterrada en el rostro. «Hace dos meses la abofetearon por la calle —explicó su hija—. Después un tendero local la insultó. Ahora se ha vuelto reservada.»

Aquel verano, durante varias semanas, por las calles circularon rumores de una batalla inminente, tal vez decisiva, con el Afrika Korps. Las fuerzas de Rommel conquistaron una plaza fuerte tras otra, avanzando por la costa libia. «Habrá una batalla tremenda. Y después los alemanes invadirán.» Según Vili, los británicos estaban totalmente desmoralizados, en especial después de Tobruk. Cundió el pánico. La pequeña localidad turística de Marsa Matruh, situada en la costa próxima a la frontera libia,